

Miguel León-Portilla

Trece poetas del mundo azteca

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

1978

262 p.

Ilustraciones y láminas

(Serie de Cultura Náhuatl, Monografías: 11)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 2 de septiembre de 2016

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/trece_poetas/mundo_azteca.html

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



VIII. MACUILXOCHITZIN

Poetisa, hija de Tlacaélel

(mediados del siglo xv)

Bien sabido es por el testimonio de varios cronistas que entre los nahuas hubo también mujeres que cultivaron el arte de la poesía. Ixtlilxóchitl alude a varias de ellas y justamente, al tratar de la figura del rey Nezahualpilli, hemos aducido sus palabras acerca de aquella célebre y real concubina conocida con el sobrenombre de “la Señora de Tula”, la cual, como dice el cronista de Tezcoco, “era tan sabia que competía con el rey y con los más sabios de su reino y era en la poesía muy aventajada . . . ”.⁷⁸ Por otros rumbos, Chimalpain en sus *Relaciones*, así como los *Anales de Cuauhtitlan*, mencionan también la existencia de poetisas y aun llegan a transcribir algunos fragmentos de sus composiciones.⁷⁹

Magnífica muestra de la ternura y del ingenio de la mujer náhuatl como poeta nos la ofrece un largo canto incluido en los folios 39 v. a 40 v. del tantas veces citado *Manuscrito de cantares* que se conserva en la Biblioteca Nacional de México. Es la transcripción de una *cozolcuícatl*, que tanto vale como “canción de cuna”, dirigida al

⁷⁸ Ixtlilxóchitl, Fernando de Alva, *Obras históricas*, t. II, p. 268.

⁷⁹ También en los mitos hay deidades femeninas a las que se atribuyen expresiones que son a la vez revelación y poesía. Así en los *Anales de Cuauhtitlan*, fol. 3, aparece Itzpapálotl anunciando a los chichimecas su destino por los distintos rumbos del mundo:

**Marcharéis hacia el oriente,
hacia allá lanzaréis vuestras flechas.
También al rumbo de los muertos (el norte),
al interior de las grandes llanuras,
hacia allá lanzaréis vuestras flechas.
Y asimismo a donde están las sembreras acuáticas,
hacia allá lanzaréis vuestras flechas...**



pequeño Ahuítzotl que más tarde sería señor de los aztecas. Sabemos que ese canto fue obra de una mujer porque quien lo compuso alude en él muchas veces a sí misma: “yo soy doncella mexicana . . . yo doncellita he concebido mi canto en el interior de la casa de las flores . . .”

Mas si hemos de atribuir este poema, uno de los más bellos, a una joven de Anáhuac que supo forjarlo, desgraciadamente ignoramos su nombre y nada podemos decir de ella. Para fortuna nuestra hemos encontrado en cambio otro en la misma *Colección de cantares*, el cual, según parece, fue también fruto de la inventiva de una mujer, cuyo nombre esta vez sí conocemos. Extraño hubiera sido hacer mención del rostro y el corazón de trece poetas nahuas, sin incluir entre ellos los de alguna dama forjadora de cantos. A ignorancia nuestra o a grande malevolencia de los cronistas habría que atribuir tan lamentable omisión, sobre todo si se toma en cuenta la existencia de numerosos textos y cantares anónimos que deben recibirse como obra que fueron de mujeres prehispánicas. Los consejos llenos de poesía que da la madre a su hija pequeña, las palabras de la partera a la que va a dar a luz, los discursos de las ancianas pronunciados en distintas ocasiones, son patente confirmación de lo dicho.

Fue la señora Macuilxochitzin, a quien, según parece, hay que atribuir el poema que aquí vamos a ofrecer y comentar, oriunda de México-Tenochtitlan, donde nació hacia 1435 y donde vivió probablemente buena parte de los años restantes del siglo xv. Su padre fue el celeberrimo consejero de los reyes aztecas, Tlacaélel. El historiador Tezozómoc da la siguiente noticia al tratar de la descendencia del mencionado Tlacaélel:

Los otros doce hijos del viejo Tlacaélel Cihuacóatl, cada uno tuvo distinta madre, fueron engendrados en sitios diferentes. He aquí sus nombres . . . Estos dos fueron mujeres, el séptimo la llamada Tollintzin, el octavo la llamada Macuilxochitzin. De ella nació el príncipe Cuauhtlapaltzin . . .⁸⁰

⁸⁰ Tezozómoc, Fernando Alvarado, *Crónica mexicáyotl*, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1949, p. 128.



Mujeres nahuas, forjadoras de cantos. (*Códice Florentino*, x.)

La princesa Macuilmochitzin se llamó así, bien sea porque nació en un día del calendario que llevaba precisamente esta fecha, la de 5-Flor, que esto significa su nombre, o tal vez porque lo recibió a manera de apodo al ser conocida su afición por la poesía. Sabido es que Macuilmochitl era también uno de los títulos con que se invocaba al dios de las artes, del canto y la danza. Por su parte, los antiguos textos nahuas en que se describe el carácter propicio o nefasto de cada uno de los días, al tratar de la fecha 5-Flor y de las fiestas en honor de Macuilmochitl, repiten con insistencia que quienes nacían en ese día, tenían por destino llegar a ser forjadoras de cantos.

La hija del poderoso Tlacaélel, Macuilmochitzin, que parecía tener tal destino, recibió sin duda esmerada educación desde pequeña. Ella debió haber escuchado de labios de su madre los antiguos consejos en los cuales se hablaba a la “niñita que es como un jade, como un plumaje de quetzal, como lo más precioso que brota en la tierra”. Conoció entonces algo de lo que podía llegar a ser su destino en el mundo, cómo tenía que obrar y cuál era el camino para acercarse a los dioses y alcanzar así la precaria felicidad concedida a los mortales.

A Macuilmochitzin tocó vivir los días del máximo esplendor de los aztecas. Pocos años antes de la fecha probable de su nacimiento, sus tíos, el rey Itzcóatl y el entonces capitán Motecuhzoma Ilhuicamina, con el consejo de Tlacaélel, su padre, habían abatido a los



antiguos dominadores de Azcapotzalco. Cuando Macuilxochitzin fue ya joven doncella, Tenochtitlan, donde había nacido, comenzó a ser metrópoli importante a la que afluían todo género de tributos y mercaderías traídas por los pochtecas, los comerciantes que marchaban a remotos lugares. Bien probable es que recibiera entonces de su padre variadas y preciosas joyas, finas telas y otros muchos dones más. Como las mujeres de su estirpe, también ella conocía el arte del telar y del bordado, así como el de preparar comidas y bebidas con que en más de una ocasión debió de haber halagado a Tlacaélel.

Y si el pueblo todo y especialmente los nobles respetaban y admiraban al gran consejero, a quien el historiador Tezozómoc llegó a llamar “conquistador del mundo”,⁸¹ Macuilxochitzin que en él veía a su padre, no sólo debió demostrarle respeto y amor sino que, como veremos por el poema que de ella se conserva, aprendió a interesarse por su actuación, sus triunfos y conquistas y aun por los consejos que daba en favor de Tenochtitlan. Si se tiene esto presente no parecerá extraño que precisamente el único poema que verosímilmente puede atribuirse a Macuilxochitzin trate de una de las más importantes conquistas, instigada por su padre y llevada a buen término por el señor Axayacatzin.

Los aztecas, a partir de su triunfo sobre los tepanecas de Azcapotzalco y guiados primero por Itzcóatl y más tarde por Motecuhzoma Ilhuicamina, siempre con el consejo de Tlacaélel, habían comenzado su larga serie de conquistas. Así quedaron sometidos los señoríos de Cuitláhuac, Mizquic, Xochimilco, Culhuacan, Chalco, Tepeaca, Tecamachalco y aun otros más apartados en la Huasteca y en el país de los totonacas. Y por fin, en tiempos ya del señor Axayácatl, que como hemos visto, había sido coronado en un año 3-Casa (1469), las antiguas rencillas con los vecinos de Tlatelolco, gente de la misma estirpe, tuvieron por consecuencia su incorporación violenta bajo el mando del gobierno de Tenochtitlan.

De todas estas conquistas debió de tener noticia la princesa Macuilxochitzin, tanto por la intervención que tuvo en ellas su padre

⁸¹ Tezozómoc, Fernando Alvarado, *op. cit.*, p. 121.





como por las frecuentes salidas de los guerreros que regresaban victoriosos, acompañados de gran número de prisioneros y con las riquezas, botín de sus triunfos. En el año 10–Pedernal (1476) los aztecas se aprestaron una vez más a la guerra. Ésta se dirigía ahora contra los varios estados matlatzincas y otomíes del rumbo del Valle de Toluca. Es posible que Macuixochitzin haya tenido conocimiento de las palabras que en esa ocasión dirigió Tlaacélel a Axayácatl. Deseoso de llevar a cabo esta conquista, el gran consejero, como lo recuerda el historiador Tezozómoc, dio a conocer así su parecer al supremo gobernante azteca:

Ahora, hijo mío, ya estoy muy viejo, después de muerto yo, no sé lo que sucedería en este caso, y pues está en vuestra mano el mando, que vayan luego sobre ellos y los destruyan, para que vengan a nuestra obediencia y tributo, sin remisión alguna . . .⁸²

El mismo Tezozómoc y otros cronistas recuerdan con detalle esta campaña de conquista, la cual, si bien terminó con la victoria aplastante de los ejércitos aztecas, fue también desafortunada para el rey Axayácatl que fue gravemente herido en una pierna por un capitán otomí, principal entre su gente, de nombre Tlilatl:

Los soldados varoniles, escribe el cronista, iban dando alcance a los toluqueños, diciéndoles: volved, volved, que a vuestro pesar nos habéis de tributar y ser nuestros vasallos. Llegados a Tlacotépec, estaba allá mucha gente de refresco de parte de los toluqueños aguardando a los mexicanos para darles por la espalda al tiempo que llegó Axayácatl con su poder, y luego que los vio comenzó a tocar un tamboril que llaman *yopihuéhuatl*, de alegría, y puesto con su plumaje iba con tanta prisa, y corría con tanto ardimiento, que hacía estremecer a sus enemigos. A esta sazón está soterrado junto a un maguey un principal, toluqueño valiente, llamado Cuéztzal (por otro nombre Tlilatl), y de un improvisado, al pasar Axayácatl, salió y le hirió en un muslo, que le hizo doblar la rodilla . . .⁸³

Sólo la oportuna llegada de refuerzos aztecas salvó a Axayácatl de la muerte y aseguró en breve tiempo la derrota del enemigo. Co-

⁸² Tezozómoc, Fernando Alvarado, *Crónica mexicana*, notas de Manuel Orozco y Berra, 2ª edición, Editorial Leyenda, México, 1944, p. 205.

⁸³ *Ibid.*, p. 208.



mo era costumbre, lo primero que entonces se hizo fue enviar un mensajero que diera al ya anciano Tlacaélel la buena nueva de la victoria y asimismo “le avisase y diese cuenta de cómo venía Axayácatl herido en una pierna, que le hirió un capitán toluqueño . . .”⁸⁴

Grande fue el recibimiento que se hizo a Axayácatl y a sus hombres en México-Tenochtitlan. Sin duda, mucho debió de hablarse de los sinsabores de esta guerra y en particular de la desgracia que aconteció en ella al señor de los aztecas. Natural cosa es que entre los allegados a Tlacaélel se conocieran no sólo los hechos culminantes de la lucha, sino también otros que casi parecen detalles secundarios y que sólo de paso son mencionados por los cronistas. Macuilxochitzin que tuvo noticia de ellos, al concebir un canto, recordación de la que parece haber sido una de las últimas conquistas instigadas por su padre, quiso evocar en él la actuación decisiva de un grupo de mujeres otomíes que con sus súplicas a Axayácatl salvaron la vida del capitán que lo había herido.

Este canto de Macuilxochitzin es precisamente el que se incluye en la colección que se conserva en la Biblioteca Nacional de México.⁸⁵ Con claridad indica en él la hija de Tlacaélel cuál es su intención; quiere dar gracias al supremo dios de los aztecas y desea preservar el recuerdo de la victoria de su pueblo:

“Elevo mis cantos, exclama, yo Macuilxochitzin, con ellos alegro al Dador de la vida . . .” Confiesa ignorar si es que sus cantos vo-

⁸⁴ *Ibid.*, p. 210.

⁸⁵ El poema en cuestión está incluido en la Colección de la Biblioteca Nacional de México (fol. 53 v.). Las razones por las cuales lo atribuimos a Macuilxochitzin son las siguientes: 1. En la segunda línea del poema, quien dice haberlo concebido, ofrece su nombre: Macuilxóchitl; 2. Es cierto que este nombre fue frecuente entre los nahuas, aplicado indistintamente a hombres y mujeres. Pero la búsqueda en las principales fuentes históricas (Chimalpain, Ixtlilxóchitl, Tezozómoc, Anales de Cuauhtitlan, Anales de Tlatelolco, Informantes de Sahagún, Ms. de Cantares, etc.), que nos ha permitido identificar a varios personajes con igual nombre, nos ha llevado también a la conclusión de que, si quien compuso el poema ha de ser de estirpe azteca y contemporáneo de Axayácatl, como se desprende del texto mismo, que sepamos no hay mención de alguien más en quien se reúnan estas condiciones, fuera de la princesa Macuilxochitzin, hija de Tlacaélel; 3. El hecho mismo de ofrecerse en el poema noticias detalladas acerca de la acción guerrera planeada por Tlacaélel y acerca de la cual, como dice Tezozómoc, “le enviaron un mensajero para que le avisase y diese cuenta”, está mostrando que el canto muy probablemente fue concebido por alguien bien allegado al gran consejero de los reyes aztecas; 4. Finalmente, el papel que se concede en el poema a la intervención valiente de las mujeres otomíes que imploran por la vida del caudillo matlatzinca, parece indicar que es también una mujer la que se empeña en destacar la importancia que puede tener en las más graves circunstancias la participación femenina.



larán hasta la morada del dios, pero se consuela pensando que al menos aquí en la tierra habrán de ser conocidos. Recuerda luego al señor Axayácatl, el cual sólo por breve tiempo sobrevivió a la conquista de los matlatzincas y como si hablara con él le dice:

¡Axayacatzin, tú conquistaste la ciudad de Tlacotépec! Allá fueron a hacer giros tus flores, tus mariposas . . . con esto has hecho ofrenda de flores y plumas al Dador de la vida . . . !

Como si ella misma lo hubiera contemplado, describe luego Macuilxochitzin los aprestos de la guerra:

Axayácatl pone los escudos de las águilas en los brazos de los hombres allá donde arde la guerra, en el interior de la llanura . . . Las flores del águila quedan en tus manos, señor Axayácatl . . . por todas partes Axayácatl hizo conquistas, en Matlatzinco, en Malinalco, en Ocuilan . . .

Evocada así la actuación de Axayácatl y recordada la victoria que puso en manos aztecas “las flores divinas del águila”, Macuilxochitzin dedica al fin buena parte de su canto a narrar la intervención femenina, cuando el gran jefe azteca fue gravemente herido: “Allá en Xiquipilco a Axayácatl lo hirió en la pierna un otomí. Su nombre era Tlilatl . . .” Por las crónicas se sabe que, gracias a la rápida llegada de refuerzos, Tlilatl cayó prisionero. Macuilxochitzin nos lo pinta acudiendo a sus mujeres y ordenándoles que atiendan al herido Axayácatl: “Preparadle, les dice, un braguero y una capa; se los daréis vosotras que sois valientes . . .”

Cuando Axayácatl se repone, hace venir ante él al capitán Tlilatl. Exclama: “¡Que venga el otomí, que me ha herido en la pierna!” El poema recuerda entonces el justificado temor del otomí y pone en sus labios palabras que expresan su honda perturbación: “¡En verdad me matarán!” Confuso aparece Tlilatl ante Axayácatl a quien hace reverencia, ofreciéndole torpemente una piel de venado y un grueso madero, símbolo quizás de lo que en realidad eran las riquezas y tesoros de los pobres otomíes.⁸⁶ Fruto de compasión son

⁸⁶ Como en confirmación de lo dicho acerca de los muy escasos bienes y recursos de los otomíes, citaremos las palabras del señor matlatzinca Chimalteuctli, di-



en este contexto las últimas frases del canto de Macuixochitzin: “Estaba lleno de miedo el otomí, nos dice, pero entonces sus mujeres por él hicieron súplica a Axayácatl . . . ” Al parecer su intervención llegó al corazón del señor Axayácatl y al menos por el momento la vida de Tlilatl quedó a salvo.

Éste es el tema del cantar que con verosimilitud puede atribuirse a la princesa Macuixochitzin, hija de Tlaacélel. Desgraciadamente no conocemos otras composiciones suyas y tampoco sabemos más acerca de su vida. El único dato que cabe recordar es el que nos conserva el historiador Tezozómoc en el párrafo que hemos citado: “De ella, nos dice, nació el príncipe Cuauhtlapaltzin . . . ”⁸⁷ Escasa como es la información acerca de esta noble mujer, lo poco que sabemos es nuevo ejemplo y confirmación de lo que ya conocíamos por el testimonio de otros cronistas: en el mundo náhuatl prehispánico hubo también rostros y corazones femeninos que, como la célebre señora de Tula, supieron distinguirse en el arte de la poesía.

chas a Axayácatl después de la victoria azteca. Axayácatl había marchado a Toluca para reponerse un poco y fue entonces cuando: “sobrevino *Chimalteuctli*, señor de los matlatzincas, y díjoles: señores mexicanos, cese ya vuestro orgullo y braveza, que ya os somos vuestros vasallos y tributarios, mirad, señores, que en esta tierra y pueblo no hay otra cosa sino maíz, frijol, huauhtli, chian y tea para alumbrar de noche, que es candela, y esteras, *péitlatl*. Esto es, señor lo que en este pueblo vuestro se da y cría, y no otra cosa . . . ”

⁸⁷ Tezozómoc, Fernando Alvarado, *Crónica mexicana*, p. 128.



Mujer *tlahuilo*, pintora y artista de los códices (*Telleriano-Remensis*, 30)



Macuilxochitzin icuic

A nonpehua noncuica,
ni Macuilxochitl,
zan noconahuiltia in ipalnemoa,
¡yn maconnetotilo!

¿Quenonamican,
can o ye ichan
im a itquihua in cuicatl?
¿Ic zanio nican
y izca anmoxochiuh?
¡In ma onnetotilo!

Temomacehual matlatzincatl,
Itzcohuatzin:
¡In Axayacatzin ticmomoyahuaco
in altepetl in Tlacotepec!
O ylacotziuh ya ommoxochiuh,
mopapaloouh.
Ic toconahuiltia.
In matlatzincatl
in Toloca, in Tlacotepec.

Ayaxca ocontemaca
in xochitl ihuitl
ypalnemoa.
In quauhichimalli in temac,
ye quimana,
yan tlachinolli itic,
yxtlahuatl itic.
In neneuhqui in tocuic,
neneuhqui in toxochiuh,
can tiquaoxpan,
in toconahuiltia ypalnemoa.



Canto de Macuilxochitzin

**Elevo mis cantos,
Yo, Macuixóchitl,
con ellos alegre al Dador de la vida,
¡comience la danza!**

**¿Adonde de algún modo se existe,
a la casa de Él
se llevan los cantos?
¿O sólo aquí
están vuestras flores?,
¡comience la danza!**

**El matlatzinca
es tu merecimiento de gentes, señor Itzcóatl:
¡Axayacatzin, tú conquistaste
la ciudad de Tlacotépec!
Allá fueron a hacer giros tus flores,
tus mariposas.
Con esto has causado alegría.
El matlatzinca
está en Toluca, en Tlacotépec.**

**Lentamente hace ofrenda
de flores y plumas
al Dador de la vida.
Pone los escudos de las águilas
en los brazos de los hombres,
allá donde arde la guerra,
en el interior de la llanura.
Como nuestros cantos,
como nuestras flores,
así, tú, el guerrero de cabeza rapada,
das alegría al Dador de la vida.**



In quauhxochitl
in momac ommani,
taxayacatzin.
In teoaxochitl,
in tlachinolxochitl ic
yzhuayotimani,
yca yhuintihua
in tonahuac onoc.

Topan cueponi
yaoxochitl,
in Ehcatepec, in Mexico,
ye yehuilo ya yca yhuintihua
in tonahuac onoc.

Za ye netlapalolo
in tehpilhuan,
in acolihuaque,
an antepaneca.
In otepeuh Axayaca
nohuan,
Matlatzinco, Malinalco,
Ocuillan, Tequaloya, Xohcotitlan.
Nican ohualquizaco.
Xiquipilco oncan
oquimetzhuitec ce otomitl,
ytoca Tlilatl.

Auh yn o ahcico,
quimilhui ycihuahuan:
—“Xitlacencahuacan in maxtlatl, in timatli,
anquimacazque amoquichui.”
Oquinenotzallan:
—“¡Ma huallauh yn otomitl,
yn onechmetzhuitec!”
Momauhtitica yn otomitl,
quittoa:
—“¡Anca ye nechmictizque!”
Quihualhuica in huepantli,



**Las flores del águila
quedan en tus manos,
señor Axayácatl.
Con flores divinas,
con flores de guerra
queda cubierto,
con ellas se embriaga
el que está a nuestro lado.**

**Sobre nosotros se abren
las flores de guerra,
en Ehcatépec, en México,
con ellas se embriaga
el que está a nuestro lado.**

**Se han mostrado atrevidos
los príncipes,
los de Acolhuacan,
vosotros los Tepanecas.
Por todas partes Axayácatl
hizo conquistas,
en Matlatzinco, en Malinalco,
en Ocuillan, en Tequaloya, en Xohcotitlán.
Por aquí vino a salir.
Allá en Xiquipilco a Axayácatl
lo hirió en la pierna un otomí,
su nombre era Tlilatl.**

**Se fue éste a buscar a sus mujeres,
les dijo:
“Preparadle un braguero, una capa,
se los daréis, vosotras que sois valientes.”
Axayácatl exclamó:
—“¡Que venga el otomí
que me ha herido en la pierna!”
El otomí tuvo miedo,
dijo:
—“¡En verdad me matarán!”
Trajo entonces un grueso madero**



**in tlaxipehualli in mazatl,
ic quitlapaloco in Axaya.
Momauhtitihuitz.
Auh zan oquitlauhtique
yn ichihuahuan Axayaca.**

*(Ms. de Cantares mexicanos, Biblioteca Nacional
de México, fol. 53 v.)*



**y la piel de un venado,
con esto hizo reverencia a Axayácatl.
Estaba lleno de miedo el otomí.
Pero entonces sus mujeres
por él hicieron súplica a Axayácatl.**

